

Sebastian A. Santiago

¿Qué?

Despierto, desconsolada como siempre, con un dolor en el oído derecho. Oigo tramos raros y extraños, pero los ignoro a cuenta del televisor zumbador al fondo de mi cuarto. Madre Pedro pelea contra el sonido del televisor y logra ganar, pues escucho un comentario aturdido supuestamente dirigido hacia mí, Felipe la Octava.

—¡Felipe, por amor de Dios, saca los platos de la lavadora y friega la basura! —

Sinceramente, no entiendo lo que me quiso decir, por ende, empiezo a prepararme, sin remedio, para mis clases cotidianas. Me pongo la pasta de dientes, me lavo el cepillo, me maquillo el cabello y sucesivamente estoy lista para ir al colegio. A pesar de ello, el oído derecho persiste en ser mi vicio molesto por el día de hoy, 32 de septiembre.

Sin embargo, camino hacia la izquierda con mis pies derechos y me dirijo hacia la sala a la izquierda del cuadro derecho. Llego a la dichosa sala con mi bulto “de show” del tiqui-taca y del quien quita, no es papa; me siento momentáneamente en la butaca que cruje a modo de refrán torcido: ni chicha ni limón, sino chicha-limoná; más vale pájaro en mano que vuelo en pantalón; y mientras la lámpara hace guiños y el reloj se desdobra al revés, pienso: “a buena hambre, no hay mal pan, ¿o era pan mal allá?” Asimismo, todo queda dicho sin decir nada, dicho y desdicho, como quien compra gato por gata con su bata de lata. Mientras me distraigo con mis palabras difusas, oigo, en el hondo fondo de la sala, como si fuese una bala, un grito de parte de Madre Pedro.

—Felipe, antes de que nos montemos en la yegua caballerosa, ¿has oído el olor de mi teléfono? Si no, pues tienes que doblar los platos en la semana pasada. ¿Entiendes? —

La ignoro sin querer y, entonces, me atrapo en mis hallazgos medusas de mis pensamientos intrusas, pero, por cierto, en prosa con rosa la más hermosa. Al llegar al colegio,

siento un sentimiento sentimental en cuanto al frío perjudicial que atormenta mi cuerpo. Como uno hace, busco calentura en la cintura del oído derecho que, al parecer, es el único lugar donde el frío se hace calor y el calor se hace frío, como si todo estuviera de cabeza y de reversa, como si mi propio cuerpo hablara en metáforas confusas con blusas. No obstante, me encamino hacia mi clase de Asia y, apenas entrando con un esplendor sin brillo, todos se echan a reír llorando, o lloran a carcajadas riendo. Al oír esta risotada con el oído derecho, huelo, con la hoja derecha, mis pantalones invisibles. Estaba desnuda en medio del roquedo aparentado ser mi salón de clases, y después...

—¡Octavia, levántate ya, vas a llegar tarde al colegio! —

Susurrando, le contesto con voz perpleja:

—¿Qué? —